

900  
DG210  
M6



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

**CAPILLA ALFONSINA**  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Francisco  
GÓMEZ

## CONSIDERACIONES

SOBRE LAS CAUSAS DE LA  
GRANDEZA DE LOS ROMANOS,  
Y DE SU DECADENCIA.

### CAPITULO PRIMERO.

*Principios de Roma. Sus guerras.*

No debemos formarnos de la ciudad de Roma, en sus principios, la idea que tenemos de las actuales ciudades, á no sér que sean las de Crimea, construidas para encerrar el botín, ganados y frutos del campo. Los antiguos nombres de los principales sitios de Roma se refieren á este uso.

No tenia la ciudad ni aun calles, si no damos este nombre á la continuacion de los caminos que iban á parar á ella. Las casas estaban colocadas sin orden, y eran reducidísimas, porque ocupados siempre los hombres en el trabajo ó en la plaza pública, permanecian escaso tiempo en sus domicilios.

Pero la grandeza de Roma se manifestó bien

pronto en sus edificios públicos. Las obras que diéron y dan todavía la mas alta idea de su poder, se hicieron en tiempo de los reyes (1). Comenzaban á edificar ya la ciudad eterna.

Rómulo y sucesores suyos estuvieron casi siempre en guerra con sus vecinos para proporcionarse ciudadanos, mugeres, ó tierras; volvian á la ciudad con los despojos de los pueblos vencidos; eran gavillas de trigo y rebaños: lo cual causaba sumo gozo en Roma. Este es el origen de los triunfos, que en lo sucesivo fueron la principal causa de las grandezas á que llegó aquella ciudad.

Roma acrecentó infinito sus fuerzas con haberse unido á los Sabinos, pueblos duros y belicosos como los Lacedemonios, de quienes eran oriundos. Rómulo tomó el broquel sabino, que era ancho en vez del broquelillo argivo, de que se habia servido hasta entónces (2). Y debe notarse que lo que contribuyó mas á hacer señores del orbe á los Romanos, es que habiendo guerreado sucesivamente contra todos los pueblos, renunciáron siempre á sus usos luego que halláron otros mejores.

Se pensaba entónces en las repúblicas de Ita-

(1) Véase la admiracion de Dionisio de Halicarnaso sobre las alcantarillas hechas por Tarquinio. *Ant. rom.*, lib. V, p. 200, edic. Francfort. Ellas subsisten todavía.

(2) Plutarco, *Vida de Rómulo*,

lia que los tratados que ellas habian hecho con un rey no las obligaban con su sucesor; era en su concepto una especie de derecho de gentes (1); así cuanto se habia sujetado por un rey, se presumia libre en tiempo de otro, y las guerras nacia siempre de las guerras.

El reinado de Numa, largo y pacífico, era muy propio para dejar á Roma en su obscuridad; y si ella hubiera tenido en aquel tiempo un territorio ménos limitado y un poder mas estenso, hay apariencias de que su fortuna se hubiera fijado para siempre.

Una de las causas de su prosperidad es que todos sus reyes fueron hombres insignes. No se halla en ninguna otra parte de las historias una serie no interrumpida de semejantes estadistas y famosos campeones. Los caudillos de las repúblicas hacen la institucion en el origen de las sociedades, y la institucion forma despues á los caudillos de las repúblicas.

Tarquinio empuñó el cetro sin ser elegido por el senado ni pueblo (2). La potestad se volvia hereditaria; y él la hizo absoluta. Estas dos revoluciones se siguiéron en breve de una tercera.

(1) Esto aparece en toda la historia de los reyes de Roma.

(2) El senado nombraba á un magistrado del interregno que elegia al rey; cuya eleccion debia confirmarse por el pueblo. Véase Dionisio de Halicarnaso, lib. I, II, III y IV.

Violando su hijo Sesto á Lucrecia ; hizo una cosa que fué causa casi siempre de echar á los tiranos de una ciudad en que dominaron : porque el pueblo ; á quien semejante accion da á conocer tan bien su esclavitud , toma desde luego una resolucion estrema.

Un pueblo puede sufrir fácilmente que se le exijan nuevos tributos ; no sabe si no le resultará utilidad ninguna del dinero que se pide : pero cuando se le hace un oprobrio , no conoce mas que su desgracia , añade á esta la idea de cuantos males son posibles.

Es cierto sin embargo que la muerte de Lucrecia no fué mas que la ocasion de la revolucion que acaeció : porque un pueblo altivo , intrépido , soberbio , y encerrado dentro de sus murallas , debe necesariamente sacudir el yugo , ó suavizar sus costumbres.

Debía suceder una de dos cosas : ó que Roma mudase su gobierno , ó que ella se quedara una reducida y pobre monarquía.

La historia moderna nos presenta un ejemplo de lo que acaeció entónces en Roma ; y esto es bien notable : porque como los hombres tuvieron las mismas pasiones en todos los tiempos , las ocasiones que producen las grandes mudanzas son diferentes , pero las causas son siempre las mismas.

Como Enrique VII , rey de Inglaterra , au-

mentó el poder de los comunes para envilecer á los grandes ; así tambien Servio Tulio , ántes de él , habia estendido los fueros del pueblo para abatir al senado (1). Pero volviéndose mas atrevido el pueblo desde luego , destruyó una y otra monarquía.

El retrato de Tarquinio no se hizo con los colores de la lisonja ; y su nombre no se le escapó á ninguno de cuantos oradores tuvieron que hablar contra la tiranía : pero su conducta ántes de su desgracia , que se ve que él preveía ; su blandura para con los pueblos vencidos ; aquel arte con que hizo que tantas gentes se interesasen en su conservacion ; sus obras públicas ; su valor guerrero ; su constancia en la desgracia ; una guerra de veinte años , que , sin reino ni bienes , hizo ó mandó hacer contra el pueblo romano ; y sus continuos recursos hacen ver muy bien que no era un hombre despreciable.

Las plazas que la posteridad da , están sujetas , como las demas , á los caprichos de la fortuna . ¡ Desgraciada la reputacion de un príncipe que es oprimido por un partido que se vuelve dominante , ó que intentó destruir una preocupacion que le sobrevive !

Habiendo echado Roma á los reyes , estable-

(1) Véase Zónaras y Dionisio de Halicarnaso , lib. IV.

ció cónsules anuales; lo que tambien la condujo á aquel superior grado de poder. Los principes tienen en su vida algunos periodos de ambicion, despues de lo cual se siguen otras pasiones, y aun la ociosidad; pero teniendo la república unos jefes que se mudaban todos los años, y que trataban de hacer distinguida su magistratura para obtener otras nuevas, no se malograba ni siquiera un momento para la ambicion; inducian al senado para que propusiera al pueblo la guerra, y le mostraban diariamente nuevos enemigos.

Este cuerpo estaba inclinado ya bastante de sí mismo á ello; porque hallándose fatigado incesantemente con las quejas y solicitudes del pueblo, trataba de distraerle de sus inquietudes, y de ocuparle por afuera (1).

Ademas, la guerra le agradaba casi siempre al pueblo, porque habian hallado modo de hacérsela útil por medio de la sabia distribucion del botin.

Roma era una ciudad sin comercio, y casi sin artes; y los particulares no tenian mas medio de enriquecerse que el pillage.

Se habia establecido una cierta disciplina en el modo de pillar; en lo que se observaba con corta diferencia el mismo orden que se observaba hoy dia entre los Tártaros.

(1) Por otra parte la autoridad del senado era ménos limitada en los negocios exteriores que en los interiores,

Se ponía el botin en comun (1), y le repartian entre los soldados: no se perdía nada, porque todos habian jurado ántes de partir que no ocultarian cosa ninguna en provecho suyo; y los Romanos eran el pueblo mas religioso sobre el juramento, que fué siempre el nervio de su disciplina militar.

Ultimamente los ciudadanos que se quedaban en la ciudad, gozaban tambien de los frutos de la victoria. Se confiscaba una parte de las tierras del pueblo vencido, haciéndose dos partes de ella: la una se vendía en beneficio del público; y la otra se repartía entre los ciudadanos pobres, con la carga de una renta en favor de la república.

No pudiendo conseguir los cónsules el honor del triunfo mas que por medio de una conquista ó victorias, hacian la guerra con una estremada impetuosidad: se marchaba en derecha contra el enemigo, y la fuerza decidía desde luego.

Roma estaba pues en una guerra eterna y siempre violenta: pero una nacion siempre en guerra, y por una máxima de gobierno, debia necesariamente perecer, ó llegar á dominar sobre todas las demas, que unas veces en guerra, y otras en paz, no se hallaban nunca tan aco-

(1) Véase Polibio, lib. X, cap. 16.

modadas para atacar, ni tan preparadas para defenderse.

Los Romanos adquirieron con esto un profundo conocimiento del arte militar. En las guerras pasageras se pierden los mas de los ejemplos; la paz infunde otras ideas; y uno olvida sus faltas y aun virtudes.

Otra consecuencia de la máxima de la guerra continua fué que los Romanos no hicieron nunca la paz mas que vencedores: ¿en efecto de qué sirve hacer una paz ignominiosa con un pueblo para ir á atacar á otro?

Con esta idea aumentaban ellos siempre sus pretensiones á proporcion de sus derrotas: con lo que consternaban á los vencedores, y se imponian á sí mismos una mayor necesidad de vencer.

Espuestos siempre á las mas horrorosas venganzas, se les hicieron necesarios la constancia y valor; y estas virtudes no pudieron distinguirse entre ellos del amor de sí mismo, de su familia, de su patria, y de cuanto hay de mas querido para los hombres.

Los pueblos de Italia no hacian uso ninguno de las máquinas propias para hacer los sitios (1); y ademas los soldados no teniendo paga ninguna, no era posible retenerlos mucho tiempo

(1) Dionisio de Halicarnaso lo dice formalmente lib. IX, y esto aparece en la historia. No sabian hacer pasadizos para

delante de una plaza: asi pocas guerras suyas eran decisivas. Se peleaba para tener el pillage del campo enemigo, ó de sus tierras; despues de lo cual el vencedor y el vencido se retiraban cada uno de ellos á su ciudad. Esto hizo la resistencia de los pueblos de Italia, y la obstinacion de los Romanos en subyugarlos; y proporcionó á los últimos victorias que no los corrompiéron, y que les dejaron toda su pobreza.

Si hubiera conquistado rápidamente todas las ciudades inmediatas, se hubieran hallado en decadencia á la llegada de Pirro, de los Galos, y de Anibal; y por un efecto de la suerte de casi todos los estados del mundo, hubieran pasado muy pronto de la pobreza á las riquezas, y de estas á la corrupcion.

Pero haciendo Roma siempre esfuerzos, y hallando siempre obstáculos, daba á conocer su poder sin tener medios de estenderle; y en una reducidísima circunferencia se ejercitaba en unas virtudes, que debian ser tan fatales para al universo.

Todos los pueblos de Italia no eran igual-

ponerse á cubierto contra los sitiados. Procuraban tomar las ciudades con escalas. Eforo escribió que Artemon, ingeniero, inventó las máquinas mayores para batir las murallas fuertes. De ellas se sirvió Pericles el primero en el sitio de Samos, dice Plutarco, edic. de Cussac, tomo II, p. 236.

mente belicosos : los Toscanos estaban afeminados con sus riquezas y lujo; los Tarentinos, Capuanos, y casi todas las ciudades de la Campania y Grecia mayor, estaban sumergidos en la ociosidad y placeres. Pero los Latinos, Hernicos, Sabinos, Ecuos y Volscos eran apasionados amantes de la guerra, se hallaban alrededor de Roma, le hicieron una resistencia incomprendible, y fueron maestros suyos en materia de obstinacion.

Las ciudades latinas eran unas colonias de Alba, que fundó Latino Silvio (1). Además de un origen comun con los Romanos, tenian ellas además ritos comunes; y Servio Tulio (2) las habia inducido á edificar un templo en Roma para ser el centro de la union de ámbos pueblos. Habiendo perdido ellas una gran batalla cerca del lago Regilo, se sujetaron á una alianza y sociedad de guerra con los Romanos (3).

Se vió patentemente, durante el escaso tiempo que duró la tirania de los decenviros, hasta qué grado el engrandecimiento de Roma dependia de su libertad. Pareció que el estado

(1) Como lo vemos en un tratado intitulado *Origo gentis romanae*, que se cree obra de Aurelio Victor, cap. 17.

(2) Dionisio de Halicarnaso, lib. IV.

(3) Véase, en Dionisio de Halicarnaso, lib. IV, uno de los tratados hechos con ellos.

habia perdido el alma que le hacia mover (1).

No hubo ya en la ciudad mas que dos suertes de gentes; los que padecian la esclavitud, y los que por sus intereses privados la hacian padecer. Los senadores se retiraron de Roma, como de una ciudad estrangera; y los pueblos vecinos no hallaron resistencia en parte ninguna.

Habiendo hallado el senado un medio para dar una paga segura á los soldados, se emprendió el sitio de Veyas, que duró diez años. Se vió un nuevo arte en los Romanos, como tambien otro modo de guerrear; fueron mas sobresalientes sus triunfos; se aprovecharon mejor de sus victorias; hicieron vastas conquistas; enviaron mas colonias; últimamente la toma de Veyas fué una especie de revolucion.

Pero los trabajos no fueron menores. Si ellos descargaron mas recios golpes sobre los Toscanos, Ecuos, y Volscos, esto mismo fué causa de que los Latinos y Hernicos, aliados suyos, que tenian las mismas armas y disciplina que los Romanos, los abandonasen; que se formasen diferentes ligas entre los Toscanos; y que los Samnites, los mas belicosos de todos los pueblos de Italia, les hiciesen la guerra con furor.

(1) Socolor de dar al pueblo leyes escritas, se apoderaron del gobierno. Véase Dionisio de Halicarnaso, lib. XI, p. 68o y sig.

El senado no repartió ya entre los soldados, desde el establecimiento de la paga, las tierras de los pueblos vencidos: impuso á estos otras condiciones; los obligó por ejemplo á dar un sueldo al ejército por espacio de un cierto tiempo, á darle trigo, uniformes (1).

La toma de Roma por los Galos no le quitó nada de sus fuerzas: el ejército, mas bien dispersado que vencido, se retiró á Veyas; el pueblo se refugió á las ciudades inmediatas, y el incendio de la ciudad no fué mas que el de algunas chozas de pastores.

## CAPITULO II.

*Del arte de la guerra entre los Romanos.*

DESTINANDOSE los Romanos á la guerra, y mirándola como el único arte, empleáron todo su talento y pensamientos en perfeccionarle. Un dios, dice Vegecio, les inspiró sin duda la legion (2).

Juzgáron que era necesario darles á los soldados de la legion armas ofensivas y defensivas mas fuertes y pesadas que las de cualquiera otro pueblo (3).

(1) Véanse los tratados que se hicieron.

(2) Lib. II, cap. 21.

(3) Véase en Polibio, y en Josefo, de Bello judaico, lib. III,

Pero como en la guerra hay que hacer varias cosas de que no es capaz un cuerpo pesado, quisieron que la legion contuviese en su seno una tropa ligera que pudiese salir para trabar combate, y retirarse si la necesidad lo exigia; que ella tuviese ademas caballeria, flecheros, y honderos, para dar el alcance á los fugitivos, y consumir la victoria; que estuviese defendida con toda especie de máquinas de guerra que ella llevaba consigo; que se atrincherase todas las veces, y fuese, como dice Vegecio (1) una especie de plaza de guerra.

Para que tuviesen armas de mayor peso que las de los otros hombres, era preciso que ellos se volviesen mas que hombres; lo cual hicieron por medio de un continuo trabajo que aumentaba su fuerza, y con ejercicios que les proporcionaban destreza, la que no es otra cosa mas que la justa dispensacion de las fuerzas que uno tiene.

Notamos hoy dia que nuestros ejércitos se cercenan muchísimo con el desmesurado tra-

cap. 6, cuales eran las armas del soldado romano. Hay poca diferencia, dice este último, entre los caballos cargados y los soldados romanos. «Llevan su alimento, dice Ciceron, para mas de quince dias, cuanto es de su uso, cuanto es menester para fortificarse; y con respecto á sus armas, no les hacen mas estorbo que sus manos.» *Tuscul.*, lib. II, cap. 15.

(1) Lib. II, cap. 25.

bajo de los soldados (1); y no obstante esto se conservaban los Romanos por medio de un inmenso trabajo. La razon de ello es, en mi entender, que sus fatigas eran continuas; en vez de que nuestros soldados pasan incesantemente de un estremado trabajo á una estremada ociosidad; cosa la mas acomodada del mundo para hacerlos perecer.

Es preciso que yo refiera aquí lo que los autores dicen sobre la educacion de los soldados romanos (2). Los acostumbraban á marchar al paso militar; es decir, á andar en cinco horas veinte millas y veinte y cuatro á veces. Les hacian llevar pesos de sesenta libras durante estas marchas. Los tenian habituados á correr y saltar enteramente armados; en sus ejercicios tomaban espadas, venablos y flechas de una pesadez doble de las armas ordinarias; cuyos ejercicios eran continuos (3).

La escuela militar no se ceñia al campo sola-

(1) Especialmente con la escavacion de la tierra.

(2) Véase Vegetio, lib. I. Véase, en Tito Livio, lib. XXVI, cap. 51, los ejercicios que Cipion el Africano hacia hacer á los soldados despues de la toma de Cartagena. Mario, á pesar de su vejez, iba todos los dias al campo de Marte. Pompeyo, á ja edad de cincuenta y ocho años, iba á luchar enteramente armado con los jóvenes; subia á caballo, corria á galope tendido, y lanzaba sus venablos. Plutarco, *Vida de Mario y Pompeyo*.

(3) Venecio, lib. I, cap. 11, 12, 14.

mente sino que tambien habia en la ciudad un sitio en el que iban á ejercitarse los ciudadanos (era el campo de Marte). Se echaban despues del trabajo en el Tiber, para conservar el hábito de nadar y limpiar el polvo y sudor (1).

No tenemos ya una cabal idea de los ejercicios corporales; un hombre que se da á ellos nos parece despreciable, por la razon de que los mas de estos ejercicios no llevan ya mas objeto que las gracias; en vez de que, entre los antiguos, todo, sin exceptuar el baile, formaba parte del arte militar.

Aun sucedió, entre nosotros, que una destreza muy esmerada en el uso de las armas de que nos servimos en el arte de la guerra, se hizo ridícula; á causa de que, desde la introduccion de los combates singulares, se miró la esgrima como la ciencia de los pendencieros ó cobardes.

Los que critican á Homero de que realza comunmente en sus héroes la fuerza, destreza ó agilidad del cuerpo, deberian hallar bien ridículo á Salustio, que alaba á Pompeyo de que corria, saltaba, y llevaba un peso, tan bien como el primer hombre de su tiempo (2).

Siempre que los Romanos se creyeron en

(1) Vegetio, lib. I, cap. 10.

(2) *Cum alacribus saltu, cum velocibus cursu, cum validis recte certabat*. Fragma. de Salustio, referido por Vegetio, lib. I, cap. 9.

peligro ó que quisieron reparar alguna pérdida, fué constante práctica entre ellos afirmar la disciplina militar. Si tienen que hacer la guerra contra los Latinos, pueblos tan aguerridos como ellos, piensa Manlio en aumentar la fuerza del mando, y manda dar muerte á su hijo que habia vencido sin orden suya. Si son derrotados en Numancia, Cipion Emiliano los priva desde luego de cuanto los habia afeminado (1). Si las legiones romanas han pasado bajo el yugo en Numidia, Metelo repara esta ignominia desde que las hace volver á la antigua disciplina. Mario, con el fin de derrotar á los Gimbros y Teutones, comienza estraviando el curso de los rios; y Sila hace trabajar tan bien á su ejército atemorizado de la guerra contra Mitridates, que le piden la batalla como el fin de sus penas (2).

Publio Nasic, sin necesidad, les hizo construir una armada; infundiendo mas miedo la ociosidad que los enemigos.

Aulo Gelio (3) da harto malas razones del estilo de los Romanos de mandar sangrar á los soldados que habian cometido alguna falta: la verdadera es que siendo la fuerza la principal

(1) Vendió todas las acémilas del ejército, y mandó á cada soldado llevar trigo para treinta dias, y siete estacas. *Sum. de Floro*, lib. LVII.

(2) Frontin. *Estratagemas*, lib. I, cap. 11 y 20.

(3) Lib. X, cap. 8.

prenda del soldado, el debilitarle era degradarle.

Unos hombres tan endurecidos estaban por lo comun sanos. No se nota en los autores que los ejércitos romanos que hacian la guerra en todos los climas pereziesen mucho con las enfermedades; en vez de que sucede casi continuamente hoy dia que varios ejércitos, sin haber peleado, se deshacen, por decirlo así, en una sola campaña.

Son frecuentes entre nosotros las deserciones, porque los soldados son la parte mas vil de cada nacion, y que no hay ninguna que lleve ó crea llevar una cierta superioridad á las otras. Eran mas raras entre los Romanos; unos soldados sacados del seno de un pueblo tan ufano, tan orgulloso, y tan seguro de dominar sobre los demas, no podian apenas pensar en envilecerse hasta el punto de dejar de ser Romanos.

Como sus ejércitos no eran numerosos, era fácil el proveerlos de subsistencia; el gefe podia conocerlos mejor, y veia mas fácilmente las faltas y transgresiones de la disciplina.

La virtud de sus ejercicios, los admirables caminos que ellos habian abierto, los habilitaban para hacer largas y rápidas marchas (1). Su inesperada presencia dejaba yertos los ánimos;

(1) Véase especialmente la derrota de Asdrubal, y su diligencia contra Viriato.

se mostraban mas especialmente despues de un descalabro, y al tiempo que sus enemigos permanecian en aquella negligencia que la victoria infunde.

En nuestras actuales batallas, no tiene apenas confianza un particular mas que en la multitud: pero cada Romano, mas robusto y aguerrido que su enemigo, contaba siempre consigo mismo; tenia naturalmente valor, es decir, aquella virtud que es la idea de sus propias fuerzas.

Sus tropas eran siempre las mejor disciplinadas; era dificultoso que, en el combate mas desgraciado no se reuniesen en alguna parte, ó que el desorden no se introdujese por alguna parte entre sus enemigos. Por lo mismo vemos continuamente en las historias, que aunque rendidos en el principio al número ó ardor de sus enemigos, arrancan por último de sus manos la victoria.

Su principal atencion se dirigia á examinar en que podia serles superior su enemigo, y ponian órden desde luego en ello. Se acostumbraban á ver la sangre y heridas en los espectáculos de los gladiadores, que ellos tomaron de los Etruscos (1).

(1) Fragmento de Nicolas de Damasco, l. X, sacado de Ateneo, l. IV, cap. 13. Antes que los soldados partiesen para el ejército, les daban un combate de gladiadores. Julio Capít., *Vida de Máximo y Balbino*.

Las cortantes espadas de los Galos (1), y los elefantes de Pirro, no los sorprendieron mas que una vez. Supliéron la debilidad de su caballería (2), al principio quitando las bridas de los caballos para que no pudiese contenerse con ello su impetuosidad; y despues agregándole algunos velites (3). Luego que hubiéron conocido la espada española, dejáron la suya (4). Eludieron la ciencia de los pilotos con la invencion de una máquina que Polibio nos describió. Ultimamente, como dice Josefo (5), la guerra era una meditacion para ellos, y la paz un ejercicio.

Si alguna nacion recibió de la naturaleza ó de su institucion algun beneficio particular, hicieron uso de él al punto; no omitieron nada para proporcionarse caballos numidas, archeros cretenses, honderos baleares, y naves rodias.

(1) Los Romanos presentaban sus venablos, que recibian los golpes de las espadas galas y las embotaban.

(2) Fué todavía mejor que la de los pequeños pueblos de Italia. La formaban de los principales ciudadanos, á quienes el público mantenía un caballo. Cuando ella se apeaba, no habia mas formidable infanteria, y decidia de la victoria con frecuencia.

(3) Bran unos jóvenes ligeramente armados, los mas ágiles de la legion, que, á la menor señal, saltaban sobre las ancas de los caballos, ó peleaban á pie. Valerio Máximo, lib. II, cap. 3, art. 3. Tito Livio, lib. XXVI, cap. 4.

(4) Fragmento de Polibio, referido por Suidas en la palabra *μαχαιρα*.

(5) *De Bello judaico*, lib. III, cap. 6.

Finalmente, ninguna nacion preparó jamas la guerra con tanta prudencia, ni la hizo con tanta audacia.

### CAPITULO III.

*Como los Romanos pudieron engrandecerse.*

Como los pueblos de la Europa tienen en estos tiempos con corta diferencia las mismas artes, las mismas armas, la misma disciplina, y el mismo modo de hacer la guerra, nos parece incomprendible la prodigiosa fortuna de los Romanos. Por otra parte hay actualmente tanta desproporcion en el poder, que no es posible que un reducido estado salga, con sus propias fuerzas, del abatimiento en que la Providencia le puso.

Esto requiere que lo reflexionemos; sin lo que veriamos varios sucesos sin alcanzarlos; y no conociendo bien la diferencia de las situaciones, creeríamos ver, al leer la historia antigua, á otros hombres diferentes de nosotros.

Una continua esperiencia pudo dar á conocer en Europa que un príncipe que tiene un millon de súbditos no puede mantener, sin destruirse á sí mismo, mas que á diez mil soldados; luego

únicamente las naciones mayores tienen ejércitos.

No sucedia lo propio en las antiguas repúblicas: porque aquella proporcion de los soldados con lo restante del pueblo, que es hoy dia como de uno á ciento, podia ser en ellas fácilmente como de uno á ocho.

Los fundadores de las antiguas repúblicas habian repartido igualmente las tierras: solo esto formaba un pueblo poderoso, es decir, una sociedad bien arreglada; y tambien formaba un buen ejército, por tener cada uno un interes igual, y grandísimo, en defender su patria.

Cuando no se observaban rigidamente las leyes, volvian las cosas al punto en que las vemos entre nosotros; la avaricia de algunos particulares, y la prodigalidad de otros, hacian pasar las heredades á pocas manos; y se introducian desde luego las artes para las necesidades reciprocas de los ricos y pobres. Esto hacia que no habia casi ya ciudadanos ni soldados; porque las heredades, destinadas ántes á la manutencion de estos últimos, se empleaban en la de los esclavos y artesanos, instrumentos del lujo de los nuevos poseedores: sin lo cual el estado que, á pesar de su desarreglo, debe subsistir, hubiera perecido. Antes de la corrupcion, las rentas primitivas del estado se repartian entre los soldados, es decir, los labradores; cuando la

república estaba corrompida, pasaban desde luego al poder de unos hombres ricos, que las devolvían á los esclavos y artesanos, de que sacaban, por medio de los tributos, una parte para la manutención de los soldados.

Pero, estas clases de gentes no eran casi propias para la guerra; eran cobardes, y estaban corrompidas ya con el lujo de las ciudades, y á menudo con su arte mismo; fuera de que como carecían propiamente de patria, y gozaban de su industria en todas partes, tenían poco que perder ni conservar.

En un empadronamiento de Roma (1), hecho algun tiempo despues de la espulsion de los reyes y en el que Demetrio de Falera hizo en Aténas (2), se halló casi el mismo número de habitantes; Roma tenia cuatrocientos cuarenta mil; Aténas cuatrocientos treinta y un mil. Pero este empadronamiento de Roma cae en un tiempo en que ella estaba en la fuerza de su institucion, y el de Aténas en uno en que ella se hallaba enteramente corrompida. Se halló que el número de los ciudadanos púberes formaba en Roma la cuarta parte de sus habitantes, y en Aténas algo

(1) Es aquel de que habla Dionisio de Halicarnaso en el lib. IX, p. 583, y que me parece ser el mismo que refiere al fin de su sexto libro, que se hizo á los diez y seis años de espulsos los reyes.

(2) Ctesicles, en Ateneo, lib. VI, cap. 19.

ménos de la vigésima; luego el poder de Roma era con respecto al de Aténas, en aquellos diversos tiempos, con corta diferencia como una cuarta parte á una vigésima, es decir, que era cinco veces mayor.

Viendo los reyes Agis y Cleomenes que en vez de nueve mil ciudadanos que habia en Esparta en tiempo de Licurgo (1), no se contaban ya mas que setecientos, de los que apenas ciento poseian tierras (2), y que todo lo restante no era mas que un populacho sin valor, emprendieron restablecer las leyes relativas á este punto (3); y Lacedemonia recuperó su primer poder, y volvió á ser formidable para todos los Griegos.

La igual reparticion de las tierras hizo á Roma capaz de salir desde luego de su abatimiento; lo que reconoció bien cuando llegó á ser corrompida.

Era una pequeña república, cuando habiendo negado los Latinos el socorro de tropas con que estaban obligados á contribuir, se alis-

(1) Eran ciudadanos de la ciudad llamados propiamente Espartanos. Licurgo hizo nueve mil partes para ellos; y dió otras treinta mil á los demas habitantes. Véase Plutarco, *Vida de Licurgo*, tom. I, p. 177, edic. de Gussac.

(2) Véase Plutarco, *Vida de Agis y Cleomenes*, t. VII, p. 366.

(3) *Idem, ibid.*, p. 410, 411.

táron al punto diez legiones en la ciudad (1).  
« Apénas podria hacer otro tanto , dice Tito Livio , ahora que ella no cabe en el mundo , si se presentara de repente delante de sus muros un enemigo poderoso : señal cierta de que no nos hemos engrandecido , y que no hemos hecho mas que aumentar el lujo y las riquezas que nos aquejan. »

« Decidme , decia Tiberio Graco á los nobles (2) , ¿qué vale mas un ciudadano ó un esclavo perpetuo ; un soldado ó un hombre inútil para la guerra ? Queréis , para tener algunas yugadas de tierra mas que los otros ciudadanos renunciar de la esperanza de la conquista de lo restante del mundo , ó ponerlos en peligro de veros despojar por los enemigos de esas tierras que nos negais ? »

~~~~~

#### CAPITULO IV.

1. *De los Galos.* 2. *De Pirro.* 3. *Paralelo de Cartago y de Roma.* 4. *Guerra de Anibal.*

Los Romanos tuvieron muchas guerras con los Galos. El amor de la gloria , menosprecio

(1) Tito Livio , primera decada , l. VII , cap. 25. Fué algun tiempo despues de la toma de Roma , en el consulado de Furio Camilo , y Ap. Claudio Craso.

(2) Apiano , de la Guerra civil , l. I , cap. 11.

de la muerte , y tenacidad para vencer , eran unos mismos en ámbos pueblos ; pero las armas eran diferentes. El broquel de los Galos era pequeño , y su espada mala ; por lo mismo fuéron tratados casi como en los últimos siglos lo fuéron los Mejicanos por los Españoles. Y lo que hay de asombroso es que aquellos pueblos , que los Romanos encontraron en casi todos los lugares y tiempos , se dejaron destruir unos tras otros , sin conocer nunca , ni indagar , ni evitar la causa de sus desastres.

Pirro vino á hacer la guerra á los Romanos en un tiempo en que se hallaban habilitados para resistirle é instruirse con las victorias de él ; y este príncipe les enseñó á atrincherarse , á elegir y disponer mejor un campo ; los habituó á los elefantes , y los preparó para guerras mayores.

La grandeza de Pirro no consistia mas que en sus prendas personales (1). Plutarco nos dice que se vió precisado á hacer la guerra de Macedonia , porque no podia mantener á ocho mil hombres de infantería y quinientos de caballería , que él tenia (2). Este príncipe , dueño de un estado corto , de que no se oyó hablar despues de él , era un aventurero , que hacia con-

(1) Véase un fragmento del libro primero de Dion , en el *Estracto de las virtudes y vicios.*

(2) Vida de Pirro , Plutarco , t. IV. , p. 196.